

Ciclo A: Fiesta. Bautismo del Señor.

Rosalino Dizon Reyes.

Los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo (Gal 3, 27)

Jesús es hijo y siervo del Señor. Bautizándose, recibe su hierro, por así decir. Su marca revela a la gente su condición de hijo y siervo, de cordero a plena disposición del dueño. Su identidad, la acreditará luego su ministerio, lo que indica que cuantos llevamos el carácter bautismal indeleble nos aquilataremos mediante nuestro servicio.

Ser hijo no significa que todo resultará fácil. El relato de su bautismo ya insinúa cierto desacuerdo que llegará al colmo: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?». Una explicación a los que perciben la sumisión de Jesús al bautismo como prueba de la superioridad del Bautista es: «Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así todo lo que Dios quiere».

Pero el desacuerdo entre espíritus afines no es nada, en comparación con la oposición que se le viene encima a Jesús por perseverar en la voluntad divina. Aunque hijo, aprende, sufriendo, a ser fiel a su carácter de siervo obediente.

Sí, se asombra la gente y da gloria a Dios mientras Jesús pasa haciendo el bien—no del todo diferente de llamarle santo al que da de comer a los pobres. Pero así como «santo» se hace «comunista», también se convierten la aprobación y la admiración en furia cuando el anuncio del Evangelio a los pobres aborda la arrogancia etnocéntrica o exclusivista. Y peores se ponen las cosas al concentrarse Jesús en las causas de los males que extirpar.

Desenmascara la hipocresía de los con pretensiones de superioridad y se opone a los que anteponen sus tradiciones al bien de las almas. Denuncia a quienes prescriben sus rituales para mantener su control sobre los demás o para explotar a viudas y huérfanos indefensos.

Desafía el orden establecido: dichosos los pobres, ay de los ricos; el liderazgo es servicio, no licencia para extorsionar, abusar, vender influencias o recibir sobornos. Muéstrase severo con los que han convertido la casa de oración en centro consumista.

Condena la codicia de los imbeciles ricos que creen que hay salvación segura en su riqueza amontonada. Advierte a los sin entrañas del tormento en el más allá.

Se sobresaltan, claro, los poderosos al oír a Jesús hablar y verle actuar. Para proteger sus intereses, inventan acusaciones y le llevan a juicio.

Y el destino de Jesús es nuestro destino, no sea que ...

... permanezcamos indiferentes a los pobres, descartando el «dejar a Dios por Dios» vicentino;

... no tengamos ojos y corazón para los tenidos por inútiles, insistiendo en que éstos se sientan desvalorizados aún más;

... intimidados por los que nos encasillen como marxistas, vacilemos en promover el derecho y no digamos la verdad al poder, como la dijo san Vicente de Paúl a los cardenales Richelieu y Mazarino;

... rechazemos nuestro hierro y el cáliz de Jesús.

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)